

Condición indispensable
en el Teatro:

“Saber escuchar”

Es frecuente oír en el argot teatral — Fulano es un actor que sabe escuchar—. A mi modesto entender, quienes poseen esta cualidad, tienen en su haber, el imán de captar la atención de los espectadores. factor del éxito de un artista. Pero «saber escuchar», tiene tres definiciones; no escuchar por distracción, escuchar, sin percatarse de lo que se escucha y los que escuchando —valiendo en esta ocasión el tópico de la frase— dan a sus silencios, la impresionante realidad de sus reacciones anulando la atención oral de la obra. No escuchar por distracción, es cosa que suele suceder frecuentemente en nuestros días. El distraído, convierte el diálogo en monólogo, mermando la calidad artística de su interlocutor, dándonos la impresión que, habla por hablar, hasta conseguir que lo que expresa, no llegue a interesar lo más mínimo. Un actor que se distrae en escena, difícil le será detener el impulso de una intervención a destiempo, malogrando con su distracción el trabajo de sus compañeros y la exposición del pensamiento del autor. Siempre resulta grato y de buena educación que se oiga atentamente lo que tenemos que decir: pero en el teatro, no se trata de un caso de cortesía, sino de una condición elemental.

La segunda definición de este don de aplicar bien el oído, va dedicado a los que, escuchando, —ó así nos lo parece— permanecen en escena completamente ajenos a lo que les sucede a su alrededor. Un artista —aunque esté pendiente y atento a su intervención— si no se funde en cuerpo y alma en el personaje, nunca logrará —con sus silencios— interesar al espectador. Forzosamente para conseguirlo, tendrá que recurrir a estas dos gracias Divinas: cerebro y corazón. El corazón y el cerebro, son elementos primordiales para medir sabiamente un silencio. Una ne-

LOS CUENTOS DE FIN DE MES

ELIAS URQUIOLA

(RETRATO AL FLASH)

En el momento en que el ataúd salía de la casa a hombros de seis vecinos, apareció Elías, pálido, ojeroso, con un traje lleno de manchas de grasa y unos zapatos negros. Rogó que se detuvieran y subió al comedor donde su madre lloraba, vanamente consolada por unas vecinas. La abrazó muy fuerte y ella se empeñó en que no debía salir así.

Pudieron convencerla y bajó. El ataúd Pero madre. No tengo otra ropa y abajo esperan.

fué nuevamente levantado a hombros de seis vecinos, y, rodeado de seis achas llamantes, siguió el camino del templo, precedido por la cruz parroquial y la salmodia del Párroco.

... Había recibido el telegrama en Alcañiz; expedido desde tres ciudades consecutivas. Decía simplemente: «Tu padre enfermo». La ropa la tenía en Valencia donde residía con más frecuencia. No había tiempo para ir a buscarla y no poseía en aquel momento otras prendas que las que llevaba puestas. Compró unos zapatos negros, temiendo lo peor, dejó el camión al cuidado de su ayudante, y marchó tan rápidamente como el horario de los trenes lo permitió.

... Los negros presentimientos que le aquejaron durante el interminable viaje se vieron confirmados. Lo vió en las gentes que le saludaban, en la mirada de los niños, en el llanto silencioso de una vieja. Luego, la campana empezó a doblar lastimeramente. Su casa era muy cercana al templo. Echó a correr y llegó justo.

... Seguía el ataúd y se sentía poseído de una gran tristeza. Intentó llorar y no pudo. Se restregó los ojos con un pañuelo blanco que le dieron en casa. Se lo dió una mujer, no sabía cual

Las cosas no marchaban bien. No salían como había esperado. Hasta la fecha conservaba el camión, pero a costa de tremendos sacrificios. Había realizado viajes de vacío y otros a poco precio. Su ayudante solía decirle: — Dinero hace dinero.

gativa... una afirmación... una sorpresa... antes de salir de labios del artista, precisará sea gobernada por estas dos maravillas. Sin ellas, el intérprete queda reducido a marioneta movida por los hilos temperamentales del Director, careciendo en absoluto de personalidad para adueñarse de la situación é imponer en su silencio la impresionante realidad de sus reacciones. Debemos darnos cuenta de la responsabilidad que nos alcanza cuando permanecemos en escena «sin frase», como generalmente se dice

Cuando se trabaja con la espada suspendida sobre la nuca, es difícil hacer algo de provecho.

Tenía razón: Sin el agobio de aquellas miles que mensualmente debía entregar, habría buscado una zona más próspera, y, en menos competencia. Pero ahora no podía perder ni tres días. Por otra parte, las averías menudeaban. La mayor parte las arreglaba él mismo, pero ciertas reparaciones exceden a su capacidad para el oficio. Los neumáticos se gastan a ojos vistas, Carreteras infernales que devoran la maquinaria más excelente.

... En el templo rezó un Padrenuestro. Luego, tras de la comitiva, siguió las calles de la aldea hasta el pequeño Camposanto. Un nicho abierto, nuevo; un segundo piso. Esto de segundo piso le hizo sonreír para sus adentros. No pudo evitarlo.

Metieron el féretro en su interior y el albañil lo tapió. Quedaba bien guardado. Se dió cuenta de que no sabía de que enfermedad había muerto su padre. Algo raro porque el buen hombre no tendría más de sesenta años.

Regresaron a su casa. Debía marcharse para Alcañiz cuando antes mejor. Era preciso reunir los miles que entregaba a fin de mes. Su madre debía comprenderlo,

... Los hombres fueron pasando ante él. Le daban el pésame. Mañana por la mañana, el funeral Marcharía por la tarde. Era una crueldad. La gente le criticaría. Dirían que no quiere a su madre.

Pensando en ésto, sus ojos se llenaron de lágrimas y dos de ellas, más atrevidas, resbalaron por su mejilla.

Las enjugó con el dorso de la mano. Oyó que la madre lloraba, en el comedor.

... Se acabaron los hombres y, seguido de dos parientes lejanos que le habían acompañado en el duelo, subió las escaleras hacia una de las escenas más tormentosas de su vida.

Antonio Miralles Manresa.

en el teatro. Aunque parezca inverosímil, han habido intérpretes que, con un silencio oportuno, no oiendo, sinó recibiendo como latigazo punzante la frase de su interlocutor, les ha valido una gran ovación. Son limitadísimos los artistas en la actualidad, poseedores de la tercera definición de «saber escuchar», que no es otra cosa que, adaptarse a la realidad de la acción; no servir de relleno. no querer evadirse de esta obligada necesidad de recurrir al cerebro y al corazón: condición indispensable para ser

actor. Ha de ser colectivo en el teatro, el deseo de una perfecta ejecución. El arte de representar no es una diversión ni un pasatiempo. Hay que dejar constancia de que, las pausas y los silencios en escena no son un asueto, sinó una prolongación obsesionante en mantener todo el verismo que requiere el personaje a tí confiado. Si todos los intérpretes se dejasen gobernar por el cerebro y el corazón, el tópico de la frase «saber escuchar», desaparecería del argot teatral.

Pedro Gener